

sia de Ruan, que vivia hace unos cuatrocientos años. Este doctor despues de alegar hasta cuarenta razones por las cuales estamos obligados á honrar y servir á la Virgen, y hacer ver que ella nos ha servido diligente y fielmente con todas las partes de su cuerpo, enseña por menor (1) cómo debemos consagrar á su servicio todas las potencias de nuestra alma y todos los miembros de nuestro cuerpo para poder decir con el real profeta; Bendiga mi alma á la madre del Señor, y todo cuanto hay en mí, rinda homenajé á su santo nombre. Lea quien quiera su razonamiento sobre este asunto: yo me contento con poner aquí por conclusion la leccion que la Virgen dió un dia á santa Brigida, para que entiendan todos qué circunstancias han de acompañar las adoraciones que le ofrecemos, especialmente las exteriores. Dijo pues que de cuatro clases de personas es honrada y servida. Los primeros son aquellos, que no aspiran en su servicio y honor mas que á agradarla y en lo demas tienen tan completa confianza en ella, que se echan descuidados en sus brazos dejando el cuidado de sí y de las cosas propias á su amorosa providencia. Los obsequios de los que están así dispuestos, añadió nuestra señora, me son tan gratos como lo sería un vaso de malvasia para una persona sumamente sedienta. Los segundos son los que por temor de incurrir en las penas eternas recurren á mí y procuran mantenerse en mi gracia por diversos medios. A estos les voy mudando el corazon poco á poco é infundiéndoles un espíritu de amor y un verdadero temor filial en vez del servil de que están dominados, y me doy á conocer á ellos cuanto puedo para obligarlos á que me sirvan por consideraciones mas puras y elevadas. Los terceros son los que me cortejan

(1) De laudibus B. Virg., l. 2.

con la esperanza de alguna medra humana ó de alguna prosperidad temporal. Como tienen las almas muy bajas y se contentan con muy poco, por lo comun les concedo lo que piden, y los pago en moneda del tiempo hasta que levanten sus pensamientos y afectos. Los últimos son los que abusando de mi bondad é indulgencia para continuar mas libremente en sus desórdenes no dejan de ofrecerme sus cortos servicios. Estos se parecen propiamente al que ofreciese á un principe en copa dorada un licor corrompido. Con esto vea cada cuál escudriñando su corazon á qué clase pertenece; y si en su vida ó en sus intenciones no encuentra bastante pureza, procure subir mas y hacerse digno de las gracias que distribuye ordinariamente la Virgen á aquellos que la sirven con un corazon recto y entero.

§. IV.—Práctica de la adoracion de las reliquias de la Virgen santísima.

I. Quédase para los Julianos, los Vigilancios y otros apóstatas é impíos semejantes reirse del culto que se da á las reliquias de los santos, llamándole idolatría y supersticion. Los verdaderos hijos de la iglesia han tenido en todo tiempo una opinion muy diferente de esta: han venerado lo que Dios mismo honra con tantos milagros: han reverenciado los huesos y las preciosas reliquias de los que tanto trabajaron y padecieron por Dios, para participar de la bendicion que este derramó sobre ellos; pero como es razonable, han puesto muy particular cuidado en buscar las reliquias que nos han quedado de María santísima para honrarlas todo lo posible.

*Diversas reliquias de la virgen Maria.*

II. No sé si debo de atribuir á la dicha ó á la diligencia de santa Helena ó á las dos cosas juntas el precio-



so hallazgo de tantas reliquias como reunió; pero creo que no habrá jamás una tan afectuosa devocion como la que empleó en buscar todo lo que merece ser reverenciado por haber estado en contacto con la Virgen ó por cualquier otro concepto. En la iglesia de santa Cruz en Jerusalem que mandó edificar en Roma, dejó entre otras reliquias algunos cabellos de la reina del cielo con una parte del velo que llevaba en la cabeza. Algunos autores afirman que envió á Tréveris la túnica inconsútil del Salvador labrada por su santísima madre, aunque muchos creen que ahora se guarda en una urna de mármol que está sobre el altar de santa María Magdalena en la iglesia de S. Juan de Letran. El peine de la misma señora, que se enseña hoy en Tréveris, es tambien un regalo de santa Helena, á quien debemos la conservacion de una buena parte de las reliquias halladas en la tierra santa y en otros lugares.

III. Santa Pulqueria heredó no menos la piedad que las grandezas de ella. Mandó levantar una iglesia magnífica á nuestra señora en Constantinopla, y allí puso el ceñidor de la Virgen que habia heredado de su padre Arcadio. Tambien hizo construir otra iglesia en el puerto de dicha ciudad para depositar el santo sudario en que fué envuelto el cuerpo de la Virgen, y que regaló á Pulqueria S. Juvenal, obispo de Jerusalem. A la tercera iglesia labrada por ella bajo la advocacion de nuestra señora de la Guia le donó un huso que habia servido á la Virgen, y unos pañales del Salvador que su cuñada Eudoxia le habia enviado, y ademas la imágen de María hecha por el evangelista S. Lucas.

IV. Ya manifesté en el tratado tercero que el emperador Leon III edificó otra iglesia á nuestra señora junto al puerto de Constantinopla. Allí puso honoríficamente una túnica de la Virgen que habia recibido de los ilustres hermanos Galbino y Candidio, los cuales con un ardid

se la habian sacado á una mujer judía, descendiente de una de las dos vírgenes ó viudas á quienes la madre de Dios la legó por testamento, segun refieren mas á la larga Metafrasta (1), Nicéforo (2) y los otros historiadores eclesiásticos.

V. El rey Hugo Capeto envió á S. Enrique una porcion de los cabellos de la Virgen, que este piadoso emperador mandó conservar en el monasterio de la isla de Croilandia.

VI. Volviendo de Constantinopla el emperador Carlo Magno trajo con una parte de la corona de espinas, un clavo de la cruz y un sudario del Salvador una túnica blanca de María santísima, que regaló á la iglesia de Aquisgran, donde despues fué enterrado. Es antigua tradicion de esta iglesia que esa túnica es la misma que nuestra señora vestia cuando parió al que habia de dar la paz al mundo. La camisa de la Virgen, que dije mas arriba ser el ornamento y el tesoro de la ciudad de Chartres, es un don de Carlos el Calvo, así como la imágen de nuestra señora del Puy en Velay, de que he hablado en otra ocasion, es un presente de S. Luis.

VII. Otras varias iglesias se glorian de poseer reliquias semejantes. La de santa María la mayor de Roma guarda como un precioso tesoro una porcion de los cabellos de nuestra señora con una parte de su túnica, así como la de S. Lorenzo extramuros. La de S. Juan de Letran enseña iguales tesoros y ademas una camisa del niño Jesus labrada por su santísima madre y un velo de esta, que algunos creen ser el mismo con que cubrió á su hijo desnudo cuando iba á ser enclavado en la cruz. Nuestra señora de París se gloria de poseer algunas go-

(1) Orat. de obitu Deipar. y lib. 15, capit. 44.

(2) Histor., lib. 2, capit. 24.



tas de la leche de la Virgen, como tambien la santa capilla de la misma ciudad, y ademas una porcion de su túnica. Asegura Marineo Siculo que la iglesia de Oviedo en España goza del mismo privilegio y tiene tambien algunos cabellos. En quanto á su leche virginal hay otros lugares donde se guarda preciosamente, como en la iglesia de S. Damiano de Asis, reedificada por S. Francisco y poseida despues por las monjas de santa Clara, la de Toledo y otras varias. En Semur en un priorato que fundó Gerardo, conde del Rosellon, se conserva el anillo con que se desposó la Virgen segun testimonio del sabio arzobispo de Aix. Soissons conserva una sandalia de nuestra señora. En Brujas se ve una trenza de sus cabellos dada por un obispo de Siria llamado Moisés á un paborde de la misma iglesia. En Arrás parte de su velo lo mismo que en la iglesia del noviciado de la compañía de Jesus de Nancy, que se intitula de nuestra señora de Gracia. En Forli en la iglesia de la misma compañía se guarda una gran porcion de la túnica de nuestra señora en una efigie de la misma que se trajo de Alemania. Ya he hablado en otro lugar de las casullas que regaló á S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, y á S. Bonito, obispo de Clermont. Los que tengan devocion de saber en particular los santuarios donde se conservan reliquias de la Virgen, pueden leer el inventario que formó de ellas el bienaventurado siervo de Dios Antonio Belinghen, de la compañía de Jesus. Yo confieso ingenuamente que desearia mas saber cómo habia de darles el culto y veneracion que se merecen.

*Diversos modos de venerar las reliquias de la Virgen.*

VIII. La misma devocion que movió á estos principes y princesas á buscar con tanta diligencia las reliquias de la Virgen, engastarlas en oro y plata y guar-

necerlas de piedras preciosas, incitó á otros á emprender largos viajes para ir á adorarlas y rendirles homenaje de respeto, y veneracion, asi como sirvió de estímulo á otros para llevar siempre consigo alguna como un escudo contra los tiros de Satanás. Algunos no quisieron mas pasaporte ni salvoconducto que ese para emprender lejanas peregrinaciones y acometer grandes empresas en honra y gloria de Dios. Asi leemos que S. Benito envió su amado discípulo S. Mauro á Francia con una arquita de marfil, donde se guardaban entre otras reliquias algunas de la Virgen. Otros que poseian semejantes tesoros, atajaron el curso de las enfermedades y sosegaron la furia de los elementos. S. Gregorio turonense escribe de sí que yendo un dia de camino divisó á un hombre y una mujer con sus pobres hijos, que afligidos en extremo procuraban en vano atajar el fuego que habia prendido en una choza. El santo prelado compadecido se quitó del cuello una cruz de oro donde habia algunas reliquias de la Virgen, y levantándola con viva fé mandó al fuego que cesara en sus estragos, como sucedió en el acto con gran pasmo y no menor satisfaccion de los atribulados campesinos.

IX. Yo creeria caer en falta, si entre los que han venerado de diversas maneras las reliquias de la Virgen, no hiciera mencion de los doctos escritores que han sido sus panegiristas. Entre otros he admirado siempre la elocuencia y zelo de S. German de Constantinopla, que mas de una vez arengó sobre la adoracion del ceñidor de la madre de Dios y nos dejó en sus escritos señales de su singular devocion á la Virgen y de su gallardo entendimiento. Habla á aquella joya del cielo como si fuera una cosa animada, y le dice: «Ceñidor maravilloso, que ceñiste el cuerpo que habia tenido dentro de sí á Dios, y serviste de ornamento á la verdadera arca de la alianza, ¡cuántas veces fuiste rociado con la leche pu-



risima que salía de los pechos de la virgen de las vírgenes! ;Qué suave olor y qué gracia de atracción has recibido del contacto de ese sagrado cuerpo, que era como un unguento divino! Ceñidor singular, que confortas á unos contra las flaquezas de la carne y aprestas á los otros para pelear por la virtud contra el vicio, que atas las manos á nuestros enemigos visibles é invisibles y sirves de recinto murado á la ciudad, es decir, al alma que sabe invocarte; ceñidor precioso, que oprimiste con gran ventaja tuya al Verbo hecho carne y participaste de sus bendiciones, que tuviste la honra de tocar el cuerpo virginal de la madre del Salvador y sacaste de él cierta incorrupción, rodea nuestros riñones de fortaleza, justicia y mansedumbre, preserva nuestros cuerpos de la corrupción del pecado y sirvenos de baluarte contra nuestros enemigos.» Así nos enseña el santo patriarca á estimar lo que dice la menor relación á la madre de Dios, y á venerar con incomparable santidad todo aquello que le sirvió para su uso. Confío que la devoción que movió á unos y á otros á hacer prodigios para rendir sus homenajes á la Virgen, suplirá fácilmente lo que yo no puedo decir.

§. V.—Prácticas de la adoración de las imágenes de la Virgen.

I. La devoción de los fieles ha conservado siempre las imágenes de la Virgen en las iglesias como gajes de santidad, en los palacios como prendas de seguridad, en los arsenales como armas bien templadas para vencer, en las academias como clave de la ciencia, en las puertas de las ciudades como salvaguardias, en las encrucijadas como guías seguras, en las casas y aposentos como la mejor defensa y amparo. S. Lucas fué el primero que hizo un singular servicio á la cristiandad sacando no solo un retrato, sino varios de aquel rostro adorable y pe-

regrino, porque á mas de la imagen que se venera en Roma, también se conserva en España la de Guadalupe (1) y en Polonia la de Clermont. Despues que el santo evangelista consagró su pincel á trasladar la imagen de la madre, como habia consagrado su pluma á dejar por escrito la vida y hechos del hijo, todos los pintores se tuvieron por dichosos de trasladarla al lienzo, los grabadores de esculpirla y los escultores de labrarla en mármoles y bronces segun la idea que cada cual podia formarse de la hermosura y majestad de la misma señora. Así en poco tiempo se llenó el orbe de imágenes de la Virgen, como fácilmente puede comprobarse por las historias. Pero yo atribuyo á particular bendición de nuestro siglo que se haya extendido tanto su uso, que en ninguna casa por ruin y pobre que sea, falta una imagen de nuestra señora ó deja de observarse alguna muestra de devoción á la misma. La posteridad será deudora á S. Francisco de Borja, tercer general de nuestra compañía, del gran número de imágenes de nuestra señora la Mayor, que se ven hoy en todos los lugares del mundo: porque estimulado del ardiente deseo de poseer un verdadero retrato de la Virgen instó para que se le permitiera llevar á su aposento la de S. Lucas, que se guarda en Roma en la iglesia de nuestra señora la Mayor; y aunque hubo grandes dificultades por la suma veneración en que es tenida, su devota perseverancia las venció todas. Teniéndola ya en su poder mandó sacar muchas copias de ella, que envió á diferentes principes y señores y á varias casas de la Com-

(1) A mas de esta milagrosa imagen se veneran otras muchas en nuestra España, de las que es tradición haber sido labradas por S. Lucas, como queda declarado en la noticia que dimos al fin del tomo primero de las imágenes célebres y milagrosas de este católico reino. (Nota del traductor español).



pañía: desde entonces se hizo comun el goce de este bien. S. Carlos, espejo de prelados ejemplares, propagó extraordinariamente la devocion á la Virgen por medio de sus imágenes, porque no contento con haber mandado y hecho cumplir puntualmente que á la entrada de todas las parroquias hubiera una imagen de nuestra señora, exhortó á sus ovejas á que llevasen siempre consigo alguna de dichas imágenes, porque él sabia ser un medio poderosísimo para desbaratar los planes del enemigo.

*Culto tributado desde tiempo antiguo á las imágenes de la Virgen.*

II. Subiendo mas arriba, es innegable que esta devocion tiene fecha muy antigua en la iglesia. Con efecto omitiendo decir nada de la imagen de nuestra señora que mandó á S. Mercurio mártir herir de muerte á Juliano el apóstata, segun se refirió en el tratado primero; pasando en silencio la que descubrió á S. Alejo en Edesa de Siria, la que obró la conversion de santa María egipciaca en Jerusalem, la que echaba aceite de una mano en Sozópolis, y otras muchas de que hacen mencion las historias; dejando á un lado la santa costumbre observada en Constantinopla de llevar todos los años la imagen de nuestra señora labrada por S. Lucas á la capilla del palacio imperial desde el jueves antes de la dominica de pasion hasta el segundo dia de Pascua, en cuyo dia era conducida otra vez solemnemente al monasterio de la Guia; y pasando por alto el estatuto que santo Domingo dió desde el principio á sus religiosos para que todos tuviesen una imagen de la Virgen en sus oratorios; no puedo callar lo que refiere S. Antonino. Dice este santo (1) que antiguamente la imagen de Jesucristo

(1) Part. 1, tit. 15, cap. 22, §. 3.

crucificado se ponía á los pies de la iglesia, como se ve aun hoy en los templos de santa María la Mayor y de nuestra señora *trans Tiberim* en Roma, y en el altar mayor la de la Virgen con su hijo en los brazos, para que teniéndola siempre delante el sacerdote juzgase cuál debe ser el que á ejemplo de esta señora hace bajar á Dios del cielo con una sola palabra. En el pontifical romano se lee que el obispo en la bendicion de las imágenes bendice las otras sin mitra y con una sola oracion seguida de la aspersion del agua bendita; pero para la de la Virgen emplea muchas mas ceremonias poniéndose la mitra, incensando y diciendo varias antifonas, salmos y oraciones. Asi aun cuando no tuviéramos otro argumento de la estimacion que la iglesia ha hecho en todo tiempo de esas imágenes, nos bastaria este. Pero voy á buscar la práctica de venerar las imágenes de la madre de Dios en los edificantes ejemplos que nos han dejado tantas personas eminentes en nobleza y santidad.

III. Santa Isabel, reina de Hungría, mostró desde la cuna una singular devocion á la madre de Dios. Tenia varias imágenes pequeñas de esta señora, que dejó en herencia á su hija Sofia, la cual las estimaba como su mas pingüe mayorazgo. La una la regaló al monasterio de monjas de Vilverde, que luego se llamó nuestra señora de Consolacion por los muchos milagros obrados allí y el consuelo espiritual y corporal que recibian cuantos visitaban aquel santuario. Otras tres las donó á su cuñada Matilde, y las tres fueron célebres en milagros. Matilde dejó una en Gravesande no lejos del monasterio de Loudun fundado por ella, otra en la iglesia de carmelitas de Harlem y otra en Hainaut. Justo Lipsio recopiló una parte de las infinitas maravillas que aquí se obraron.

IV. Santa Heduvigis, duquesa de Polonia, que murió el año 1243, llevaba siempre consigo una imagen de



la Virgen, la cual no se le pudo quitar de las manos después de muerta. Abierto su sepulcro á los veinte y cinco años de su muerte, se hallaron enteros los tres dedos que tenian agarrada la imágen, y el celebró tan fresco como si acabara de morir: además manaba de su cabeza cierto aceite que despedía un olor balsámico y manifestaba cuán agradable habia sido su devoción á la madre de Dios.

V. Ludovico Pio, verdadero heredero de la piedad de su padre Carló Magno, no dejaba jamás una imágen de nuestra señora que le servía de fiel compañera y con quien muchas veces tenia sabrosas pláticas. Cuando estaba en el campo, se desviaba un trecho de su servidumbre é hincado de rodillas ante ella hacia un rato de oración. El emperador Luis IV se volvió á Baviera llevando abrazada una imágen de la Virgen, que al fin de su vida dejó en acción de gracias al monasterio de Etalem, edificado por él en medio de los bosques y dedicado á la madre de Dios.

VI. Godofredo de Bouillon, rey de la Palestina, que recibió de mano de un ángel la cruz por palma de sus triunfos y seguridad de sus conquistas, habia puesto su ejército bajo la protección de la Virgen, á quien invocaba en sus batallas colocando su imágen en la tienda real con los honores de reina. Cuando estudiaba teología S. Eduardo, que luego fué arzobispo de Cantorbéry, tenia siempre delante una imágen de nuestra señora, en cuyo pie estaban grabados los misterios de la vida y pasión del Salvador.

VII. El P. Ignacio de Acebedo, que con treinta y nueve compañeros, todos de la compañía de Jesus, murió á manos de los calvinistas en el año 1570, estaba armado de una imágen de nuestra señora, que nunca pudieron arrancarle de las manos los enemigos de la fé. Así fué arrojado al mar con su imágen, á la que se atri-

buyó la gran maravilla que aconteció, porque el cuerpo del P. Acebedo no se sumergió como los otros, sino que habiendo puesto los brazos en cruz fué llevado por las olas hasta que le perdieron de vista sus bárbaros verdugos. El P. Baltasar Alvarez llevaba siempre una imágen de la Virgen. El P. Bernardo Colnago, de la misma compañía, que dejó en Italia suavísimo olor de santidad, tenia una imágen de nuestra señora, por la cual lograba del cielo todo cuanto quería. Hacia mil caricias á la misma y le hablaba con sumo candor, como si fuera á la señora á quien representaba. Un dia habiendo recibido una redoma de bálsamo la derramó por un raptó de devoción sobre la imágen, á quien después llamaba por este motivo su negra. Del cardenal Baronio leemos que llevaba siempre una imágen pendiente del pecho sobre el corazón.

VIII. Concluiré con algunos ejemplos no menos notables por los sugetos á quienes acontecieron, que por las gracias recibidas. Después de la toma de la ciudad de Casanova llevaron al duque de Milan Francisco Sforzia una doncella de peregrina hermosura, la cual viéndose sola y sin amparo en lo humano registró todo el aposento, y como divisase una imágen de la Virgen junto á la cama, se hincó de rodillas y con las manos juntas suplicó al duque le salvase la honra por el respeto que debía á la madre de Dios. Estas palabras acompañadas de lágrimas y esforzadas por una moción poderosa de la divina gracia hicieron tan fuerte mellá en el generoso duque, que concedió de buena gana á la doncella lo que pedia, y mandó llevarla con toda seguridad á sus padres.

IX. Fernando de Gonzaga, que luego fué duque de Mantua, montaba una vez un caballo fogoso, el cual sintiendo el acicate arrojó al jinete contra la verja de una iglesia inmediata. El principe se encomendó á nuestra señora de Loreto, y se levantó sano y salvo. En memo-



ria de este favor ofreció despues en aquel santuario un hombre á caballo todo de plata, y desde entonces llevó siempre pendiente del cuello una imágen de la misma señora. De lo dicho podrá cada cual tomar la práctica que le parezca mas propia para dar culto á las imágenes de la Virgen: yo paso á los demas ejercicios de religion.

X. He sabido de un hombre fidedigno, encargado de hacer las informaciones del venerable Cesáreo Buz, que murió en Aviñon con opinion de santo, que segun las deposiciones de los testigos lo que acabó de obrar su conversion venciendo su irresolución, fué una imágen de la Virgen pintada sobre la puerta de la iglesia de santa Clara. En cuanto la vió, sintió interiormente tal mudanza, que postrándose en tierra en medio de la calle puso toda la esperanza de su salvacion en la Virgen despues de Dios: desde aquel punto mudó de vida y aprovechó extraordinariamente en la virtud (1).

S. VI.—El segundo rasgo de honor es publicar sus alabanzas.

I. Todos los santos padres concuerdan en que ninguna criatura puede con sus alabanzas igualar las grandezas de la madre de Dios. S. Juan Damasceno dice (2) que ella se aventaja á todo lo que podemos publicar en su elogio, y que aun cuando las lenguas de todos los hombres fuesen una sola, no serian capaces de alabarla dignamente. Aunque se añadan las de los ángeles, no llegaremos á las excelencias de aquella, por cuyo medio entramos en posesion de la gloria de

(1) Véase la adición de la madre M. J. de Blemur en la nota G, puesta al fin del tomo. (2) Orat. 2 de Assumpt. B. Virg.

Dios. «Por mas que uno se remonte, dice S. Basilio de Seleucia, ponderando las alabanzas de la Virgen, no tema excederse, porque es cosa absolutamente imposible llegar al punto que se merece.» «Alabemos, honremos y amemos á la bienaventurada virgen Maria hasta donde puedan alcanzar nuestras fuerzas, dice el devoto Dionisio Richel al principio de los cuatro libros que compuso de las alabanzas de nuestra señora, y despues de haber hecho cuanto podamos, conoceremos que no nos acercamos á la magnitud de sus méritos y de los beneficios que nos ha dispensado.» «Nosotros, pequeñas criaturas (es consideracion de S. Agustin), ¿qué podriamos presentar que fuese digno de ella, aun cuando todos los miembros de nuestro cuerpo se volviesen lenguas, supuesto que ella sube mas alto que el cielo y baja mas abajo que los profundos abismos? Paréceme que los dos querubines que extendian sus alas sobre el arca de Moisés, decian tácitamente que la verdadera arca de la alianza, que no es otra que la madre de Dios, quedaba siempre oculta, aunque sus entendimientos representados por las alas hiciesen todos los esfuerzos para comprenderla (1).» «Nadie se engañe, dice S. Anselmo (2), porque es la verdad que nadie está exento de alabarla y que gracias á Dios hay materia para que se empleen los entendimientos mas aventajados; pero el que se resuelva á esto, tenga entendido que caerá con el peso de la carga.» Pedro Comestor dijo en muy buenos versos latinos lo que trasladamos á continuacion en romance y sin el artificio del metro: «Si pudiera ser que las arenas de la tierra y del mar, las olas, las flores de la primavera, el fuego y el aire, los vientos, todo género de aves y animales, los árboles de los bosques, la yerba y las mieses, el rocío y

(1) Orat. 35 de sanctis.

(2) De excellent. Virg., c. 2.